

textos

el presente

Veraneo por puntos", Galicia hoxe, julio de 2006

Ignacio Castro rey. O Picón, 25 de julio de 2006

Es cierto que resulta fácil criticar cualquier iniciativa masiva de cualquier administración, atrapadas como están en el electoralismo, la estadística y una opinión pública de cuya molición participamos todos. El caso es que, aún suponiendo que uno estuviera completamente de acuerdo con las razones y la eficacia de esta medida del carnet por puntos, suscita un problema político de fondo que algún día pasará factura. De acuerdo en que el campo de la libertad sigue siendo infinito, puesto que ningún sistema político se agota en ninguna tendencia y que la vida continuará siendo imprevisible. Pero esto vale para demasiados regímenes que no son deseables. Hablando en estos términos, no deja de ser inquietante el avance de nuestra voluntad normalizadora. Por supuesto, exageramos, pero a veces todo parece apuntar en la dirección de cierto totalitarismo democrático, sonriente, personalizado, en el que converge el horizonte de la derecha y la izquierda -complicidad filosófica que incluye, por supuesto, la posibilidad de rabietas unilaterales por ambas partes. ¿La democracia moderna ha sido alguna vez otra cosa que una forma de *dictar* personalmente, en un *tú a tú* para el cual las groseras dictaduras de antaño no tenían cintura? Vayamos por partes.

1- Ayer lunes, a las tres de la madrugada, con todos más o menos *mamados* en la autopista -evidentemente, a esa hora la mayoría no volvíamos de currar-, la ciudadanía circulaba en coches apabullantes con el freno de mano puesto, a 100 km/h. Jamás se había visto tal concentración de bebedores tan razonable, tan absolutamente cívica y concienciada. ¿Concienciados o acojonados? En realidad, el régimen de Franco a veces parece una coña comparado con esta democracia que nos tiene todo el día amedrentados con Hacienda, Tráfico, Sanidad, Medio Ambiente, Consumo, Información y demás grupos de riesgo. Realmente, ¿somos tan peligrosos para que se justifique este despliegue casi militar? ¿O es que el sistema mismo es hipocondríaco y sólo puede soportar ciudadanos *vendados*? De cualquier modo, dado que el género de terror es uno de los favoritos del público, posiblemente este nuevo terror de las autopistas nos ahorrará la repetición de algunos seriales televisivos, la enésima reposición de *El exorcista*.

Mientras tanto, la combinación de miedo, corrección ciudadana, Guardia Civil silenciosa y carteles luminosos que constituye el nuevo régimen vial, avanza. Y todo esto en verano, para que el ciudadano, como los perritos de un tal Paulov, se acostumbre mejor a interiorizar la nueva normativa en la vida cotidiana, fundiéndola con sus costumbres y sus más queridas aficiones. Cada conductor debe convertirse en un modelo personalizado del nuevo Estado entrañable, integrado *bis a bis* con las emociones. Cada ciudadano, un prototipo asustado y que al mismo tiempo se pasa el día asustando a los que le rodean.

2- Por supuesto, exageramos. Pero no me digan que no es genial lo que esta medida estival tiene de protectora, de perfectamente conectada con las ilusiones sociales de la mayoría. Y esto además cuando varios admirados países europeos nos han precedido en la corrección política de la idea. Aunque no tal vez con la misma furia, ya que el furgón de cola ha de ser más papista que el Papa. Querríamos que esta España, que ha sido la penúltima nación de la modernidad, sea la campeona de la postmodernidad. Para ello hace falta que la sangre, el instinto, el coraje y la muerte queden definitivamente para el flamenco, el

cine de Almodóvar, las tardes de vino y, si acaso, la caza y los toros. Recordemos, de paso, que los extranjeros no sufren la nueva normativa, puesto que no pueden "perder" puntos. Como ven, todo gira en torno al negocio de los servicios en este país terciario que somos.

3- Dentro de la religión de la movilidad, donde es obligatorio el reemplazo constante -hasta el cambio de pareja-, amenazar a alguien con quitarte parte de la movilidad es otra vez genial. En la época de la globalización, integrada e informatizada, Estado y Mercado actúan como si no se conocieran, como si fueran planetas distintos. ¿No es esto asombroso? Cuando tenemos razones para pensar, por decirlo en términos clásicos, que el Estado-mercado sigue conspirando contra la ciudadanía. El mismo sistema que te vende la movilización automóvil, potente, privada y cara, te castiga después por ella, privándote de ella. No me digan que no recuerda la táctica de los *camellos* -y de tantas empresas-, acercándose a los colegios para regalar droga y después tener clientes. ¿El Estado, aliado con el Mercado, es entonces el primer *camello*?

Por si acaso, sigamos. Fijense: *Por favor, no pierda puntos. Piense en los demás.* ¿Cómo que "perder"? Los puntos no se "pierden" como se "pierde" la cartera, como se "pierde" la vida. Te los quita la primera autoridad de la nación, la única invulnerable, el mismo Estado que, como brazo armado del mercado, te ha metido por los ojos el coche -bastante caro-, la autopista y el alcohol. ¿Cómo que *los demás*? ¿La institución que te joroba, a ti y los que te rodean, va además a acusarte de ser irresponsable con los tuyos? ¡Pero si decíamos ayer algo parecido del terrorismo, cuando los mismos que te mataban intentaban después negociar con tus parientes!

Quizá busquemos un síndrome de Estocolmo generalizado. Y la cosa funciona -está bien pensada-, con el resultado de que nunca se había visto tanto *peaje* concentrado por ciudadano cuadrado. Pues es como si, con este sistema de multas y puntos, el ciudadano pague *por adelantado* su propia muerte con un peaje por triplicado. Pagas la autopista; estás aún pagando el coche. Ahora vas a pagar también cara la velocidad, la opción de elite que te han vendido. El conductor -¿qué es el ciudadano más que un conductor?- se convierte así en un punto de concentración de inversiones. Mientras, pasan a toda velocidad, misteriosos, los coches oscuros de la nueva *nomenklatura*. Señor, ¿era esto la democracia?

4- Te quiero 4'5 en la escala R&J. Me odias 6'4 en la escala Manson. Tengo una depresión 3'2 en la escala Wundt. Tienes una erección 7'2 en la escala Viagra. La gente es cada vez más infeliz, más malhumorada, más calculadora, menos espontánea. Ahora bien, los puntos lo invaden todo, la numerificación avanza. Retrasados mentales como somos, vivimos en un cursillo perpetuo, con incentivos y castigos, igual que en los concursos televisivos, igual que en las empresas recicladas. ¡Viva la política digital que nos ha permitido esta servidumbre voluntaria, auténticamente consensuada! Para que luego digan que la informática carece de ideología.

Sí, hace tiempo que vivimos en la autopista de la vida por puntos, con un constante evaluación cuantitativa en detrimento de lo cualitativo. Un miembro, tanto dinero de la aseguradora; un accidente mortal, tal indemnización; una ofensa, tal multa. En el supermercado global, todo debe tener su precio. Todo es negociable, cuantificable: esto es el progresismo. Izquierda, derecha, el mismo combate. La desintegración de lo que llamábamos hasta ayer *vida* -¿recuerdan?- a manos de la sociedad, o sea, de la información, avanza a pasos agigantados.

Al mismo tiempo, hay que decirlo, el ciudadano ingresa en una sociedad-nodriza que se parece mucho a la de los Institutos de Secundaria: al llegar a 36 faltas sin justificar -¿recuerdan?-, pierdes la evaluación continua y has de *volver a empezar* en un examen final. Volver a empezar, qué terrorífico y

dulce lirismo encarna tal emblema en este yermo de la continuidad total, del aburrimiento socializado. Es como una metáfora del renacimiento. No despreciemos el papel perversamente estimulante de volver a empezar en un medio donde la única novedad, hasta ahora, era la curva del colesterol.

5- Ahora mi forma de conducir puede ser drásticamente juzgada en dos segundos de error, de mala suerte. El sistema es así, ciego, aleatorio: a cualquiera puede tocarle. De esta forma es como si el sistema integrase el accidente -así, tampoco aquí necesitamos a la naturaleza. Y esto es políticamente crucial para tener acogotada a la gente. Genera un respeto cuasi religioso que no le sobra a un sistema en realidad muy aburrido.

Además, decíamos, la cultura de los concursos televisivos, con los participantes todo el día encerrados discutiendo en torno a las normas, interactuando, cada uno compitiendo para no ser nominado, para hacerlo mejor. Se trata de lograr que el ciudadano-*adosado* sienta su vida en manos de una sociedad que la parcela, la numera, la evalúa y la controla paso a paso. Es, como dice un amigo, lo que queda de Dios. *Genau!* Y hay que demostrar que Dios, o sea, la Sociedad, existe, existe como algo que te asiste minuto a minuto, te premia o te castiga. La deconstrucción de lo que llamábamos existencia a manos de la sociedad, de la libertad natural en aras de la libertad civil, llegará así a su paroxismo.

Dentro de diez años, lo verán, tendremos el DNI por puntos. La mitad protestará -parte del negocio es ése- y todos cumpliremos mejor después. Escupir en la calle, dos puntos; arrojar un papel, otros dos; decir una palabrota, tres. Mear a la vista: retirada de carnet y trabajo social obligatorio. Les hago una apuesta. La sociedad debe demostrar su poderío para suplir a la vieja vida, para *asistirla* al minuto. Se trata, en suma, de que poco a poco toda decisión individual no controlada, ni por lo tanto cobrada, sea más o menos imposible. A cada acto, un número, duplicando los latidos para que todo lo real parezca social. Bendita política digital. Como en el parking y tantos otros sitios, una eterna cola de espera: *su ticket se está procesando*.

6- Cada ciudadano es un punto de control que debe interiorizar las normas, incluso denunciar a los demás si no las cumplen. Por eso, insisto, la nueva medida se ensaya en verano, cuando la gente tiene tiempo y correría el riesgo de ser feliz, incluso un poco libre, viviendo sin miedo durante treinta días. Arrojar una colilla: 4 puntos. No guardar la distancia de seguridad: 3 puntos. Qué miedo. ¿Cuánto tardarán en poner puntos por masturbarte en el coche -después de excitarte todo el día-, por subir el volumen de la música, por hurgarte la nariz, por comer un bocadillo? Todo esto cuando hay cerca una mancha de aceite sin ningún tipo de aviso, cuando el cuadro de mandos y controles de un automóvil de mediano precio es ya tan complejo que puede provocar una distracción en cualquier momento. Los impresionantes paneles electrónicos dedicados a la campaña del gobierno mientras la peligrosa mancha de aceite está dedicada a la Guardia Civil local y sus métodos manuales. ¿No les recuerda algo?

Todo esto cuando los cien dígitos de control en el coche son un constante foco de interferencia técnica. Pero precisamente se trata de dificultar la vieja independencia en todos los campos, en este caso, impidiendo la conducción instintiva, intuitiva, aquella comunión con el ruido del motor, con la vibración del coche, con la música y la evolución del cielo en el parabrisas que era parte de conducir -ah, aquellas carreteras de Carintia, de Euskadi. Por todas partes debe triunfar la información y el control sobre las propias intuiciones, sobre la inteligencia que brota de la misma vida. *No podemos conducir por ti*, es cierto, pero el ideal es ése, de ahí que las autoridades se quejen y prometan hacer todo lo posible para lograrlo. Entre la nueva tecnología del automóvil y las nuevas tecnologías de la intimidación, pronto lo conseguirán.

Con la nueva reglamentación, en suma, se acentúa esa ecuación según la cual libertad es igual a control. ¿La felicidad?: elegir en un menú de opciones numeradas, avaladas, garantizadas. Todo el día permaneces encerrado en un cálculo de riesgos pero, a las siete de tarde, en julio, puedes jugar con las palas en la playa -algo por ahora no regulado. ¿No estamos contentos? El viejo Kant se moriría de risa con este nuevo régimen de la *minoría de edad* cristalizada, consensuada globalmente. Cada ciudadano debe ser como un inválido protegido por el Estado, el mismo Estado que le ha dejado inválido. No deja de ser asombrosa la perfección del mecanismo. Ningún pastor, un solo rebaño. Cada uno es libre y al mismo tiempo garantiza las opciones dictadas mayoritariamente, como demuestran las encuestas y la economía. Ni Orwell lo imaginaría mejor.

7- Si el sistema nos mete por los ojos el alcohol y los coches, ya suficientemente gravados por impuestos, si los gobiernos tienen a bien inaugurar autopistas, si el índice de ventas de automóviles es crucial en cualquier economía, es de suponer que el Estado quiere que nos matemos de otro modo. En efecto, para cualquier país que se precie, sobre todo si aspira a ser una potencia turística, que la gente muera reventada a la luz del día da mala imagen, incluso tiene algo de terrorista. Hay que morir como la Sociedad manda, fuera de la vista del público. En lugar del tabaco, los ansiolíticos. En lugar de suicidio, la eutanasia. En lugar de la carretera, el estrés laboral, el negocio médico o la comida-basura legal.

La gente debe morir de cualquier manera social, artificial, violenta: o sea, en espacios climatizados. ¿Quién recuerda aún lo que era la muerte natural, en casa, en la cama? En el peor de los casos, la eutanasia está ahí para impedirla en el último momento. Suponiendo que esa estadística del 40% sea algo más que una broma macabra en una sociedad que no deja vivir y que en ningún caso soporta la muerte natural -si ocurre algún accidente y alguien muere en la cama, ha de viajar a toda prisa al tanatorio-, los *no muertos* en la carretera deben morir en las listas de espera de la Seguridad Social.

De cualquier manera, para mantener las estadísticas, la gente debe morir debido a las enfermedades de la época, de modo artificial, sacrificial, espectacular. En caso contrario, ¿cómo habría noticias? Por lo tanto, igual que en el asunto del tabaco, es como si el Estado tuviera celos de que te mate otro, de que tú te mates a ti mismo, quitándole a él la exclusiva. ¿A la manera de antaño, entonces, cuando el suicidio le quitaba a Dios la prerrogativa de las vidas? Por ningún lado parece que escapemos de la religión, aunque sea en la forma de esta religión ultrasocial y laica, este *mundialsocialismo* de un solo rebaño, sin pastor visible.

8- El muerto en carretera es caro, pues hay que pagar seguros, pensión de viudedad, de orfandad -por cierto, ambas miserables. Esto por no hablar de la invalidez y sus onerosos cargos a la Seguridad Social, ya de por sí medio arruinada. Por encima, está la imagen del país. El estilo un poco "suelto" de los conductores españoles y portugueses es chocante en la civilizada Europa, donde hasta para violarte te piden disculpas. ¿Simplemente, estamos hablando de una medida para incentivar el consumo? Después de toda esta presión, es difícil no beber, aunque sólo sea para olvidar.

Por una vez, hagamos las estadísticas completas. ¿Cuántos ciudadanos beberán de más por culpa de la ansiedad que crean las nuevas normas, cuántos perderán concentración por ir pendientes de los controles? ¿Cuántos suicidas habrá de más por kilómetro de autopista? Si de todas todas te van a meter un paquete, ¿por qué no acelerar? Como mínimo, hay que pensar que alguien de la pandilla se emborrachará el doble en nombre del conductor. O bien que el grupo cogerá un hotel en las cercanías. De cualquier manera, el miedo, las multas, los puntos y la pérdida de carnet incentivan el negocio de la recaudación, el de las autoescuelas, el de los seguros; desde luego, el del miedo y la información en torno al tema.

Como ven, todo redundo en beneficio de la economía. Igual que en la agricultura, se trata de dificultar la mera supervivencia, un simple "ir tirando", para encarecer la conducción. Fuera, quedarán descolgados los jóvenes drogados, los delincuentes habituales, la masa fluctuante de inmigrantes ilegales. Pero quizá también se trata de desmarcar la masa de conductores nacionales de la "chusma" de inmigrantes y la elite de delincuentes profesionales, sin molestos aficionados por en medio.

9- Aunque, desgraciadamente, todo puede ser más complejo que la simple pasta. Como el enfermo de cáncer, que ha incubado su enfermedad en esa combinación letal de quimioterapia y dependencia que establece el sistema médico, así el automovilista debe languidecer entre las normas. Debe morir en sociedad. Mejor dicho, mucho antes de morir, debe estar enfermo de neurosis mortal. La lógica preventiva requiere eso, una suerte de *muerte preventiva*. De esta manera se consigue una especie de eternidad del ciudadano, de lo que queda de él, criogenizado en vida por el acojone general.

Además, un ciudadano permanentemente asustado -y justificando además su miedo con la nueva ideología del consenso total- es el ideal del televidente, el consumidor perfecto de información. Ya lo decía hace poco Marilyn Manson, un auténtico intelectual en el entorno social que le rodea, el Sartre que nos merecemos: si la gente no tiene miedo, no consume. ¿Por qué? Porque el consumo es un sistema interactivo de encierro, un reflejo que solamente funciona con demonios exteriores.

Por esa razón, es preciso estar incansablemente avisados de los innumerables peligros que nos acechan. No deja de ser una simpática noticia que la Guardia Civil, con esos jóvenes *números* salidos de la Academia y cumplidores implacables de la nueva normativa, forme parte de esos peligros. El laicismo triunfante se alía con el talante del verano. Todos, también los populares, somos en un sentido crucial socialistas.

10- Hay, por supuesto, una innegable rentabilidad electoral en esta campaña de verano que cualquier gobierno inteligente emprendería. A un relativo bajo coste, reducir la mortandad en un 40% -¡oh Dios, mi depresión del 4'2!- permitirá titulares y una colección de fotos de indudable eficacia, exactamente igual que antes lo permitía inaugurar pantanos.

Pero se da además otro matiz en este atasco de verano. Como la izquierda, particularmente los socialistas, se ha *adelgazado* según exigen los exiguos márgenes de la regla democrática, apenas le queda nada para diferenciarse. De ahí que puedan y deban decir en público: "Estar contra el tabaco y el alcohol es de izquierdas". En efecto, a la izquierda apenas le queda otra cosa. Y por la misma lógica: "No correr es de izquierdas". La gente no debe morir de muerte violenta, sino con una muerte perfectamente gradual y preparada donde la depresión anterior, el adocenamiento consensual previo, casi *envuelva* a la muerte. De manera que ésta ya casi no añada nada, apenas un dígito más en el panel de control. ¿Ven cómo por doquier triunfa la seguridad de lo numérico sobre la brusquedad de lo cualitativo? Para que luego digan que la pobre informática no tiene ideología.

11- Resumiendo. Que corran si quieren los que aún no han llegado, los que tienen que bajar cada verano a Marruecos, los que tienen que asaltar cada semana las fronteras, los que escapan de la solución final del Estado de Israel -que, curiosamente, también ataca en verano. Nosotros ya hemos llegado, ya estamos en el lugar adecuado, en el momento justo. Así que, junto a una batalla política de corrección democrática, con esta medida los socialistas llaman la atención sobre los logros sociales alcanzados. No hace falta matarse, ya vivimos bastante bien.

Por supuesto, la gente seguirá corriendo, ya que no sabemos pararnos -nos podría atrapar el demonio del *atraso*-, pero se nos invita a que utilicemos los juegos electrónicos, Internet, el cambio de canal o la carrera por cubrir los puntos de rendimiento en la empresa, como únicas pistas de prueba. Nada de reventarse en la carretera. Así, en el mismo verano que se negocia con los terroristas de ayer, se persigue a los terroristas de mañana, esa panda de jóvenes alocados, de hombres incorrectos -la mujer debe ser otra historia- que ponen en peligro la imagen oficial del país.

¿Los *populares* sentirán algo más que celos por no haber sabido ellos adelantarse con esta audaz medida? A todo esto, posiblemente a los políticos les irrita cada día más que podamos vivir sin ellos, sin siquiera meternos con ellos. De manera que nos dan un buen motivo para hablar del gobierno, de la sociedad y del Estado durante todo el puto día, incluso en vacaciones. Se consigue así una participación que en las elecciones resulta difícil. Para que consuma sociedad, es necesario no dejar al ciudadano en paz, ni siquiera esos minutos que se tomaba para irse de cañas.